

## Capítulo 2

### *Audiencia real*

Desde donde estaba podía ver cómo el pobre Gerrolf trataba de informar a Shin sin sufrir una catalepsia. Aunque él jamás habría utilizado tal epíteto como “pobre” Gerrolf, él veía a su majestad Shin de Escarolia hablando con *Patético gusano número tres*.

Sin embargo nadie podía verlo a él. El rey le daba la espalda y el resto, incluidos los demoniosizados que pululaban por la sala realizando tareas varias, no eran capaces de distinguir nada en la penumbra que rodeaba al trono en el nuevo salón de Escarolia.

Así es como le gustaba estar, viendo sin ser visto.

Gerrolf, el maestro ingeniero, trataba de explicar a Shin que las obras de reconstrucción de Hazelga no iban como a él le gustaría por culpa del propio rey. Le estaba costando bastante hacerlo porque, si bien creía vital transmitir dicha información al monarca, tenía mucho interés en seguir vivo al final de la conversación.

-¡Nos han vetado la entrada a una de las cámaras, majestad! -gemía- ¡Soy el maestro ingeniero, se supone que debo tener libre acceso a todo el recinto en construcción!

-¿Quién os veta la entrada, Gerrolf? -Shin le dirigía una de sus falsas miradas asesinas. Una que usaba a menudo que significaba “En realidad no te voy a matar, lo que dices ni tan siquiera me molesta, pero es tan divertido verte temblar”.

-Media docena como ese. -El constructor señalaba a uno de los demoniosizados soldados de Shin como el que señala un jamón.

Los anteriormente humanos miembros del ejército de Escarolia llevaban bastante bien su transformación. Habían ganado una media de medio metro de estatura y su musculatura se había desarrollado en proporción. Ahora mismo, el más débil de los soldados sería capaz de atravesar una pared a cabezazos. La mayoría además se habían vuelto lo bastante tontos como para haberlo comprobado. Sin embargo unos cuantos habían escapado a la idiotización inherente y conservaban su inteligencia intacta, alguno incluso la había mejorado.

Uno de estos demoniosizados inteligentes, aquel al que habían señalado, se había quedado mirando fijamente a Gerrolf tras escuchar el modo despectivo en que los había nombrado. Entre la mirada básica de Shin y la del demoniosizado, cuatro ojos asesinos estaban posados ahora sobre el enjuto ingeniero, quien solo estaba acostumbrado a soportar uno, el de su mujer<sup>1</sup>.

-...señor. Como ese señor. -Dijo Gerrolf mientras sus cejas hacían el baile de la alegría.

-¿Y cual es la zona a la que no podéis entrar, Gerrolf?

El maestro ingeniero se lo pensó por unos instantes. Ahora mismo los albañi-

---

1 Gertrud la tuerta.

les la llamaban la sala esa de los jodíos monstruos, pero probablemente no era la respuesta que Shin estaba buscando. Rememoró los planos del antiguo castillo de Hazelga y superpuso el plano actual en su mente. En su cabeza había un espacio interminable para la información siempre que esta viniese cómodamente estructurada en planos.

-La cripta de la biblioteca. -Respondió sorprendiéndose a si mismo con la revelación. Hasta el momento no se había percatado del hecho, ni se había imaginado que la ubicación de la sala tuviese importancia. Tenía una mente hecha para las líneas rectas y le resultaba muy costoso pensar de manera curvada.

-¿Tendrán sus motivos quizá? -Shin pisó el embrague y cambió a mirada asesina número dos, "¿Que clase de ruido harías si te mato?".

-¿Están a las órdenes de su majestad? -Gerrolf se despegó el cuello de la camisa unos centímetros y notó como una gota de sudor se lanzaba en plancha por su espalda.

-¿A las órdenes de quién pensabas que podían estar?

-Lamento haberos hecho perder el tiempo, majestad. -Y era cierto, lo lamentaba muchísimo y le gustaría poder seguir lamentándolo durante unos cuantos años más. Trató de cambiar de tema cuanto antes.- Las obras van según lo previsto, la torre interior estará finalizada en cuatro meses.

-¿Sólo tres meses? ¡Genial!

Gerrolf no estaba seguro de poder acabar la obra en tres meses, pero si estaba seguro de no poder acabarla sin cabeza. Hizo una elaborada reverencia y dijo:

-Si no me necesitáis para nada más, mi señor.

-Puedes marcharte.

El maestro ingeniero caminó por la recién estrenada alfombra, mirada al frente, con paso agarrotado. Sentía las miradas de todos sobre sí, aunque en realidad nadie le estaba prestando atención. Cuando llegó a la puerta y los dos guardas le permitieron salir suspiró aliviado.

Fuera esperaba Sir Raulf, el consejero, quien sería el siguiente en ser recibido por el rey. Éste lanzó una mirada interrogativa al hombre que salía. Gerrolf le devolvió una expresión que pretendía ser esperanzadora pero se asemejó más a la última mueca de un ahorcado.

-Adelante, Sir Raulf.

Inseguro, temiendo estar haciendo algo mal de entrada, Raulf, el consejero de guerra, cruzó el umbral cojeando. Al rey no le iba a gustar lo que tenía que decirle.

Shin sabía el efecto que causaba en sus interlocutores. A veces se recreaba en ello y disfrutaba con las expresiones de terror que estos le ofrecían, pero en esta ocasión tenía bastantes asuntos entre manos y no le apetecía demasiado andarse con juegos. Conocedor de que el recién llegado dudaría bastante antes de ponerse a hablar por propia voluntad tomo la iniciativa:

-¿Qué os trae por aquí Sir Raulf?

El viejo Raulf era un gran estratega de guerra y no se defendía del todo mal en una conversación, donde aplicaba los mismos principios. En este caso utilizó la cono-

cida primera regla del general Beorense *Épidus II*: “Si alguien tiene un hacha pendiente sobre tu cabeza, procura no hacerle cosquillas.”<sup>2</sup>

-Vengo en representación de la asamblea de lores, majestad.

A Shin la asamblea le producía urticaria. Era una de esas cosas que su padre había mantenido y él no entendía por qué. Al heredar la corona se había dado tanta prisa en declarar la guerra a sus vecinos que no le había dedicado ni un pensamiento a las reformas que querría haber hecho.

Después había estado muerto una temporada.

Ahora, a su regreso, estaba pensando en hacer algunos cambios, pero tenía muchos proyectos en curso y prefería no arriesgarse a malograr alguno por deshacerse de una molestia relativamente insignificante.

Así que seguía aguantando a los viejos carcamales.

-¿Qué quiere la asamblea de carcamales?

Sir Raulf prefirió ignorar el apelativo cariñoso de su majestad.

-La asamblea no está segura de que los planes de su majestad sean... -el consejero buscó una palabra que no hiciese cosquillas a Shin- ...viables.

-¿Y en qué se basan las momias para creer eso?

-Hmm... bueno, mi señor. Planeáis reconquistar Gardenia, cosa que nos parece brillante y completamente legítimo. -regla segunda de *Épidus II*: “Se cazan más osos con miel que con vinagre. Por otro lado, se cazan más osos con un hacha que con miel y no te arriesgas a perder un brazo.” - Tratar de subyugar el reino de Fritillaria Imperialis nos parece que puede ser algo más complicado, teniendo en cuenta que ya no contamos con el factor sorpresa y conociendo las defensas con que cuenta Bartolo...

-Al grano, consejero.

El viejo titubeó. Hizo un *fast forward* mental y retomó su discurso.

-Hemos discutido los eventos recientes y hemos llegado a la conclusión de que podría su majestad tener el control de la isla en uno o dos años. -Hizo una pausa, esperando que la miel hiciese su efecto antes de proseguir- Sin embargo, nos preocupa la reacción de los reinos exteriores.

Los reinos exteriores era como llamaban en Lemonshire al resto de Absurdo. La mayoría de la gente de la isla sólo conocía su existencia como un concepto, unos puñados de tierra separados de lo que venía a ser el centro del mundo, habitados por todo tipo de gente rara con ideas extrañas y sombreros extravagantes.

Monarcas, estudiosos y vagabundos que habían visitado los demás países conocían la verdad; que Lemonshire era realmente la aislada, inmersa en un impenetrable medio durante los últimos seis siglos mientras el resto del mundo avanzaba.

La asamblea de lores no conocía el asunto al detalle, pero estaba al tanto de las más modernas tecnologías de sus vecinos que les permitían montar catapultas realmente gordas.

-¿Por qué iban los reinos exteriores a involucrarse en este asunto? -preguntó Shin, aunque ya se imaginaba la respuesta.

-Por... ya sabéis, ellos.

El demoniosizado al que habían señalado despectivamente por segunda vez

---

<sup>2</sup> Regla que había sido modificada del original de *Épidus I*, que decía “Si alguien tiene un hacha pendiente sobre tu cabeza, muérdele los huevos.”, quien fue decapitado en el campo de batalla.

en media hora empezaba a sentirse realmente molesto y su nueva faz de demonio lo transmitía con punzante claridad.

-Es decir -continuó Sir Raulf-, nosotros no tenemos ningún problema con ellos, por supuesto. -El demoniosizado no llevaba un hacha, sino una alabarda, pero el consejero decidió que la primera regla de *Épidus II* era aplicable.- El problema es que si cedemos la mitad de Lemonshire a los demonios imaginamos que reinos como Ásolot o J.R.J, que son activamente anti-demonios, tenderían a sentirse hostiles hacia nosotros.

Shin sabía de que pie cojeaba la asamblea de lores. El anterior rey, Rodolfus de Escarolia despotricaba a menudo contra su actitud prepotente y el joven príncipe había aprendido mucho de su padre<sup>3</sup>. A los lores no les importaba que hubiese guerra. Al fin y al cabo, los que se jugaban la vida en combate eran otros, gente de clase inferior generalmente, que les importaban apenas un poco más que un escarabajo de la patata. Por lo demás, todo eran ventajas en una guerra: más dinero, más terrenos para repartirse entre ellos, más súbditos a los que mangonear...

Lo que a ellos les preocupaba era perder. Perder contra un enemigo más poderoso que después quizá quisiera tomar represalias contra la clase noble.

-Si son tan idiotas como para atacarnos, los repeleremos. -Respondió el rey, sonriendo al imaginar la potencial batalla.

-¿Cómo? -Raulf estaba aterrado- Tienen... -el consejero no estaba muy seguro de qué tenían- ...cosas. Tienen cosas muy grandes. Armas -le dijo su cerebro que comenzaba a sentirse abochornado-. Tienen armas muy avanzadas contra las que no podemos luchar.

El rey había visto aquellas armas. No le interesaban demasiado las tierras extranjeras (no mientras quedasen cosas por masacrar en tierras locales), pero había ciertas partes de su cultura que lo maravillaban. La parte de los tanques concretamente.

Lemonshire llevaba siglos siendo un lugar cerrado. Las constantes guerras internas les hacían poco interesantes a ojos de los mercaderes extranjeros y los isleños estaban ocupados haciendo cosas que consideraban más importantes que congeniar con sus vecinos. Buscando sus intestinos en el suelo, por ejemplo.

Pero Rodolfus había sido un rey de mente abierta y tenía montones de libros importados desde J.R.J en su biblioteca personal, una biblioteca especialmente grande que contaba con un total de sesenta y cuatro estanterías. El antiguo rey había empezado coleccionando libros que hablaban de ciencias modernas y con ellos había completado las dos primeras estanterías, después le dio por hacerse con mapas de Absurdo, tratados geográficos y estudios demográficos. Con esto lleno la tercera estantería. Entonces descubrió las publicaciones de anatomía femenina comparada y se quedó sin espacio.

Gracias a que se colaba cada día en la biblioteca de su padre<sup>4</sup>, Shin sabía ahora más del resto del planeta que la gran mayoría de Lemonshireños. Así que manejaba ciertos datos que le daban ventaja.

-Sus armas no sirven aquí. -El rey acompañó la frase con un giro completo de la mano.

-¿Cómo q-?

---

<sup>3</sup> Que hacían falta cinco puñaladas para matarlo, por ejemplo.

<sup>4</sup> Y a que a la larga a un chaval de quince años las revistas eróticas le cansan y prefiere leer sobre logaritmos aplicados.

-No sirven. -Shin se había inclinado hacia Sir Raulf y le aplicaba su mirada número tres. Casi nadie aguantaba la número tres, pero el consejero se mantuvo en su sitio, o quizá se quedó paralizado donde estaba.- ¿Nunca te has preguntado por qué estando rodeados de naciones con una tecnología varios siglos más avanzada mientras nosotros seguimos estancados con el mismo nivel de hace mil años?

-Porque... -el viejo lord alzó un temeroso dedo índice y comenzó a balbucear.

-Si vas a contarme una de esas estúpidas teorías acerca de países elegidos, centros del mundo y tecnologías de infieles que cuentan las viejas será mejor que te calles.

Se hizo el silencio.

Durante algunos instantes nadie dijo nada. El rey, que volvía a estar recostado en su trono, se limitaba a tamborilear los dedos de ambas manos entre sí mientras oteaba un ficticio horizonte. Por fin habló, le convenía cerrar el asunto en aquel momento.

-Hay una especie de campo mágico. -Antes de permitir que Sir Raulf recuperase el control de su boca, Shin continuó- Sobre su procedencia hay varias teorías, pero eso no viene al caso. Está ahí, es un hecho comprobado. -El rey hablaba lo bastante despacio para que el consejero pudiese repetirlo más tarde, frase por frase, al resto de lores, pero lo bastante deprisa para no dejarle meter baza.- El campo se adentra 1,5 TPH<sup>5</sup> en el mar en todo el perímetro de Lemonshire y convierte cualquier cosa que entra en él en su equivalente menos avanzado<sup>6</sup>.

-¡Imposible! ¡El nivel de poder mágico necesario para eso...!

-¡Está ahí! -la voz del rey retumbó en el salón- ¡Me da igual si es imposible! ¿Queréis comprobarlo? ¡Adelante, tenéis mi permiso!

El consejero habría querido replicar, pero un gesto de Shin le hizo evidente que ese era el mejor momento para retirarse.

Sir Raulf de setenta y tres años y una fea cojera crónica cruzó los setenta metros del salón del trono en cuatro coma tres segundos.

-¿Alguien más? -preguntó el rey a nadie en concreto.

Un hombrecillo rechoncho, vestido con ropas de sirviente entró en la sala. Era evidente por su aspecto que no pintaba nada allí, que las nuevas que traía (a todas luces malas) le correspondía a otro narrarlas. Era el último mono y le había caído un enorme marrón.

El súbdito se adelantó hasta ponerse a los pies del monarca. Se quitó el gorro en señal de respeto y mantuvo silencio.

-¿Y bien?

-La princesa Rayamanta ha sido vista en Bosque en compañía del paladín de pelo azul y una mujer desconocida. -Se lo había aprendido de memoria con la esperanza de pasar el menor tiempo posible en presencia de Shin.- Todo apunta a que quieren cruzar el bosque en dirección a la frontera con Fritillaria Imperialis y buscar apoyo del rey Bartolo.

El sirviente hizo una reverencia, aunque más bien dio la impresión de que es-

---

5 Tiro de piedra de Hulk.

6 Para el resto de Absurdo esto era un hecho asumido aunque inexplicable. Por ejemplo, si introdujeses una escopeta en los límites del campo, se convertiría en una ballesta, un ipod se tornaría en una bandurria y una ps3 en leña para hogueras.

tuviese bailando el charlestón borracho. A continuación se quedó expectante, mirando hacia arriba y estrujando su gorro como si quisiese hacer zumo de gorro.

-Bien. -dijo Shin pensativo- Puedes marcharte.

El hombrecillo hizo una reverencia muy parecida a la danza de apareamiento del canguro Eeeleketense y se encaminó a la salida. Mientras caminaba hacia la puerta se cruzó con el mismo demoniosizado al que habían señalado sus predecesores en el salón y se apartó de un salto, sobresaltado. Hasta que salió del lugar no lo quitó el ojo de encima.

Al medio demonio, quien había estado muy contento con su nueva situación, le entró en aquel momento una profunda depresión.

El rey ordenó mediante gestos que le dejaran a solas. El salón del trono se vació en breves instantes.

-Encuentra a Rayamanta y tráemela. -Le dijo al aire.

-¿El paladín y la otra mujer? -Preguntó el aire.

-Como mejor te venga.

Las sombras se recolocaron lentamente. Shin volvió a hablar.

-Cuando vuelvas elimina a Gerrolf y a Sir Raulf.

-¿Y al hombrecillo gordo?

-No, me ha caído bien, me gustan sus reverencias.

Las sombras volvieron a moverse. <<¡Ahem!>> dijeron.

-Oh, perdón. -el rey se levantó, dio unos cuantos pasos hacia la pared izquierda y se dedicó a contemplarla con interés durante un rato.

Las sombras escupieron a un hombre delgado, enfundado en negro, que surcó la habitación hasta la puerta dando pequeños brincos que nadie que no estuviese atento habría podido oír. Abrió el enorme y antiguo portón sin emitir más de un par de decibelios asmáticos y salió.

El portazo lo escucharon hasta en las cuadras.

-Cada vez es más sigiloso. -Comentó el rey con una sonrisa maníaca.